

*Máximo*

"El problema de la Universidad es el problema del estudiante universitario", decía, hace ya cuatro años, en una conferencia sobre "La Universidad y la reforma universitaria".

Hoy, cuando nuestra Universidad parece encontrarse en pleno trance de reforma, no está demás insinuar de nuevo aquella opinión, por si acaso pudiera ser de aporte de alguna utilidad.

Hay quienes miran el mal de nuestra Universidad como asunto puramente formal de organización, de régimen interno y planes de estudio. Hay quienes lo conciben como cuestión ideológica, de posición retrógrada o avanzada en la vida social. Para aquéllos, la solución ha de lograrse mediante nuevos reglamentos y programas; para éstos, colocando a la Universidad en determinada posición de lucha y expulsando de su cuerpo a todo el que no conculgue con ella. No faltan quienes, con mayor amplitud, entremezclan ambas opiniones y propician los dos remedios a la vez.

Naturalmente, alguna razón tienen todos los que así creen. Pero al mirar el problema a través del prisma de particulares preocupaciones, ideologías, intereses o pasiones, sólo le ven un lado y renuncian a penetrarlo en dirección de profundidad.

Pienso que la cuestión es mucho más honda y compleja, y que puede y debe entenderse de manera distinta. Se trata de un drama de insuficiencia vital: nuestra universidad no es todo lo que es una universidad, ni, en la medida en que lo es, tiene el pulso ni la plenitud que por definición supone. Vale decir, que el hombre universitario, el estudiante -profesor o alumno- no hace todo lo que debe, ni lo hace en la forma que debiera.

Nuestra Universidad tiene sólo "profesores" y "alumnos"; carece de "maestros" y "discípulos". Los primeros, salvo honrosas excepciones, se contentan con "pasar su materia"; los segundos, por regla general, con aprender lo indispensable para salvar la valla del examen. La vida universitaria resulta, así, cosa de rutina; consiste en un cansado y desabrido ir a una Escuela, sentarse en unos bancos, dar u oír unas clases, tomar o rendir unos exámenes. Ningún gran ideal la vivifica; ninguna preocupación superior la hace salir de su ritmo vegetativo.

Es un hecho triste, pero innegable, que falta en nuestro ambiente universitario un verdadero interés por los temas fundamentales que debieran preocuparlo: por la cultura y su divulgación en la sociedad; por la investigación científica; por la aplicación desinteresada y leal de las últimas conclusiones del saber humano a los problemas sociales que conmueven al mundo y en especial a Chile; y hasta por el sentido y destino de las propias profesiones liberales a cuya enseñanza está consagrada casi exclusivamente esta Universidad. Parece que fueran ignorados el valor y la responsabilidad de la condición universitaria, que al incorporar al individuo a las formas superiores de la cultura le otorga elevado rango dentro de la vida social, pero le impone a la vez la carga de especiales tareas y deberes para con el resto de sus semejantes.

Hoy no existe, entre nosotros, la vocación, el espíritu universitario. La Universidad es, para quienes se mueven en su seno, cosa accidental o transeunte, de la cual se puede obtener algún provecho o más de alguno, pero a la cual no se concibe como trascendental en presa al logro de cuyos fines puedan consagrarse esfuerzos de importancia. Y esto, que ocurre entre los alumnos, sucede también en el cuerpo docente y en las autoridades directivas; las últimas generaciones universitarias han carecido en Chile de maestros, de hombres capaces de hacerles amar la Universidad y sentirse solidarias de su tarea, de inculcarles ideales y clara conciencia de su responsabilidad, de comunicarles entusiasmo y fe; los sucesores de Bello y de Letelier no han estado a la altura de su misión.

Esta carencia de alma, este eclipse del espíritu universitario por motivos extraños y en veces contrapuestos, esta falta de valores humanos, es lo más grave y angustioso de nuestra actual crisis universitaria. Los reglamentos y programas pueden cambiar fácilmente, pero por muy importantes que ellos sean, de nada servirán sus cambios si los hombres permanecen iguales, si los estudiantes universitarios -profesores y alumnos- no adquieren clara conciencia de lo que son ni asumen plenamente su responsabilidad.

La auténtica Reforma Universitaria consiste en dar a la Universidad "universitarios" de verdad.